

## Ajedrez

*¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza...*

La punta afilada del lápiz enmarca el verso. Es de Borges, penúltimo de un poema titulado *Ajedrez*. El poeta argentino reflexiona sobre la fragilidad humana al tiempo que revela que el jugador, en manos de Dios, es un delicado mecanismo de potencias incontrolables. Alternos testigos o protagonistas, pieza y jugador están sometidos a una sucesiva suerte suprema que controla su albedrío y su jornada.

El escritor no toma partido ni menosprecia la pericia divina, sólo deposita la semilla de la duda, mientras descarta la razón como instrumento de luz. El primer Dios mueve la mano del hombre y un Dios anterior, quizá el último, la pieza. La trama conduce a un enigma: ¿dónde ha dejado vida y sueños el hombre? ¿Acaso existe un Dios que maneja a otros dioses? Necesitamos que tras cada dilema exista otro porque nuestro desconocimiento no tolera el vacío. Mientras el tiempo sucede sostenemos la perturbadora interrogante:

*¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza  
de polvo y tiempo y sueño y agonías?*

Sirva esta prescindible introducción para justificar la presencia en mi equipaje del poemario *El hacedor* –allí encontré el poema–. La razón en Borges siempre es una razón distinta.

## DÍA UNO

He descendido del avión en Ezeiza con el ánimo consternado por un imponderable: meses atrás mi hijo fue recibido para una larga estancia como médico residente en un hospital de Buenos Aires y con la excusa de la debida visita programé un viaje de quince días. A las 17:40 horas, en algún lugar sobre el Atlántico, he recibido un mensaje donde me anuncia, sin prodigarse en explicaciones, su repentina vuelta a casa. Quizá pensó, quiero creer, que yo aún no había tomado el vuelo y podía cancelar. La cuestión es que supe de nuestro cruce apenas abierto el teléfono en la terminal. He recogido el equipaje, ahora me resulta excesivo, y mientras el taxi rueda rumbo al hotel reajusto mis planes. ¿Cómo puedo devolver dos boletos para el Boca-River del domingo? Borges detestaba el fútbol: *el fútbol es popular porque la estupidez es popular*. Tendré que deshacerme de una entrada. Cavilo el asunto mientras trato de manejar las circunstancias.

A lo largo de la planicie la vía del ferrocarril se extiende a un lado de la carretera. Los hierros relampaguean paralelos mientras se pierden hacia el norte. Tras un recodo nos cruzamos con un tren despacioso cuya locomotora, como

venida de otro tiempo, avanza fatigosa sobre la media luna de las ruedas, bufando entre nubes de vapor. Bajo la marquesina, apenas un tejadito negro repleto de tubos torcidos y relojes de una sola manecilla, un hombre con casaca azul maneja con diligencia. Antes de perderse levanta una mano al cielo y tira de una cuerda renegrida. La máquina lanza un silbido afilado y corto como un estertor, después resopla dejando anotaciones en el cielo. La locomotora avanza mientras el cúmulo, poco a poco, se va acostando. Tras el paredón negro de los vagones aparecen las primeras casas, todas blancas y lejanas. En cada esquina creo reconocer los arrabales de mis lecturas.

Por hablar, pregunto al taxista sobre el horario del museo Borges. Escucha indolente mientras me mira por el espejo. Con dos dedos zarandea la visera de una gorra gris —parece rumiar la respuesta—. Borges..., el escritor..., le apremio impaciente. El hombre menosprecia mi insolencia: nunca pregunte a un argentino si conoce a Borges, es como preguntar si conoce a Gardel..., pero no existe tal museo. De hecho, no recuerdo ninguna estatua, monolito, teatro o placita dedicada a su memoria..., si acaso puede visitar su casa de Palermo. Según las placas allí nació, aunque no hay certeza; creo que la han rehabilitado y quizá en ella pueda encontrar algo de lo que busca, ¿no es cierto?

Me mira condescendiente mientras prende un cigarrillo, es el tercero. El taxista fuma y fuma y fuma como el ciego de Carriego. Se lo hago notar con delicadeza: sutilmente tarreo el estribillo del ciego que fuma y fuma y fuma. Cabecea. No sé dónde quiere ir a parar, pero está bueno. Citó un verso de un tango de Manzi que se titula *El último organito*. Lo ha cantado mucha gente, nadie como el Polaco Goyeneche. Lo dice cadencioso, mientras con nostalgia se rasca el dorso de la mano. Verá: una vez, hace ya unos años, hice una carrera

para dejar a unos turistas japoneses en El Viejo Almacén y en el afiche se anunciaba Goyeneche. Estaba en hora, así que dejé el auto y entré en la sala –nosotros teníamos vía libre por lo de acarrear clientes, ya sabe–. El Polaco ya no podía cantar. Decía el tango, no lo cantaba, pero ¡cómo lo decía! ¿Le gusta el tango? Mucho. Entonces procure escuchar a una chiquita, bueno ya no lo es tan tanto, una discípula de Goyeneche que se llama Adriana Varela: es el Polaco con faldas. Sí señor, el ciego inconsolable del verso de Carriego que fuma y fuma y fuma sentado en el umbral.

## DÍA DOS

La mañana bonaerense muestra un torbellino de azules que me alegra: no tengo avales, pero siempre he creído que el azul es un buen comienzo. Camino la Avenida 9 de Julio hasta el obelisco y después me pierdo por San Telmo en un dedalo de calles: busco una recomendada librería de viejo. Hace tiempo que sostengo la esperanza de encontrar alguna primera edición de Borges pareja a mi bolsillo y, de paso, preguntaré por el Carriego del taxista.

El librero me observa en cuanto cruzo el umbral –una campanilla me anuncia– con mirada de librero de viejo. Apenas le oigo, pero sin duda, farfulla suspicacias tras una barricada de libros. Borges es una moda inextinguible y las primeras ediciones están muy cotizadas, las vendo bien por internet. Creo que tengo algo del 47. Carriego en cambio sólo interesa a algún extraviado; en esa balda encontrará carriegos de distintas épocas: sírvase. Le hago notar lo del cigarro y contesta sin mirarme: el poema que refiere se titula *Has vuelto* y lo encontrará en cualquier antología.

Efectivamente, hay un anaquel repleto con amarillentas tiradas de la poesía de Carriego. Abro una edición de *General Fabriel* y allí descubro el organito y el ciego, pero el amor por el cigarro fue cosa de Manzi. Ojeo el resto del libro y creo que gustó más a Borges que a mí, así que lo descarto. Sigo rastreando entre un laberinto de letras: puedo oler la inmortalidad. Decido comprar por un precio razonable una edición que me parece rara de *El libro de arena*. Dejo el ejemplar sobre el mostrador y pido al librero recomendación sobre una biografía de Borges. Es para un regalo, aviso sobre el precio. Piensa un momento; no sé si escoge entre su preferida o la que tiene en venta; enseguida dicta sentencia: la de Alicia Jurado, una escritora porteña. Es una edición del 66. Mientras habla camina directo al estante, pasa el dedo sobre los lomos y escoge uno. Señala la cubierta: ella admiraba a Borges y lo conoció en 1954. Por raro que parezca, él le ofreció relaciones que ella declinó; al final sólo lo admitió como preceptor. Creo que es una obra bien documentada y el criterio es de peso. El hombre se ajustó las gafas y al fin me miró: fíjese que todo el mundo ama a Borges por su erudición, a mí, en cambio, me gusta por los barrios malevos, sobre todo por Palermo.

Quedo un tanto desconcertado, lo nota y aclara: me gusta el Borges arrabalero, de facón y conventillo, ya sabe, como las historias de los viejos tangos. Al fin y al cabo, yo también soy del norte, de Palermo, sonrío leve. Sigo sin entender sus razones. Lo aprecia y vuelve a aclarar: lo prefiero al Borges que anduvo por la helada Islandia. A mí tampoco me mata aquel Borges, le reconozco, pero presumo que sentía la codicia de aprender el arte de la palabra. El maestro conoció que en la tierra del hielo podía encontrar los más precisos manuscritos de una lengua formada a base de metáforas y allá marchó para descifrarlos. Sobre los tímpanos

supo que el mar era la pradera de las gaviotas y la cabeza era nombrada carro de la razón. Deslumbrado por las kenningar decidió desentrañar la retórica del antiguo islandés.

Salgo a la calle y me incorporo al paisaje. En un remolino de murmullos camino sin rumbo arrastrando los pies —en ambas cosas reparo al rato—; un banco aparece en mi ayuda, pero lo descarto mientras, al garete, rumio mi fatalidad. Varias veces cambio de dirección hasta que la marquesina de un cine me avisa: he vuelto al punto de partida. La mañana es radiante y tiempo me sobra. Sigo caminando.

Por una bocacalle casi tropiezo con un rengo que me antecede apenas. Fatiga verlo: tira adelante con todo el cuerpo descomponiéndose/recomponiéndose a cada paso; el hombre también parece portar una discreta joroba, sin duda la figura no le ayuda. Camino absorto en su balanceo. Voy tras él imaginando soluciones a su mecida. De pronto me canso de observar al cojo. ¿Lo adelanto o cambio de dirección? Cuando reparo yo también me balanceo a su par. Me río y me corrijo. Decido adelantarlo. Estudio el momento y, expectante, espero la contra de su vaivén. Conforme su tronco se aleja aligero, casi lo tengo, pero ya está de vuelta. Acelero y acelera, sospecho que ha leído mis intenciones. Me remanso y también enlentece su paso. ¿Cómo me ve? Su marcha me irrita. Decido parar en mitad de la acera y lo observo mientras se aleja; ahora creo que va más lento. A menos de una manzana se pierde en un portal. Al entrar me ha mirado de reojo y me ha parecido descifrar en su rostro cierta arrogancia.

Me extravió en meditaciones. Mi cabeza salta de un lado a otro, no puedo concentrarme: alguien que cruza, el color de un coche, un sonido lejano, cualquier cosa me distrae; todo rebota dentro de mi cabeza. Estoy preso de la ansiedad, puedo oír retumbar los latidos en mi pecho, que aceleran

y aceleran. Mi corazón amenaza con pararse. Alguien que maneja mis hilos experimenta dentro de mi cabeza. Definitivamente estoy encallado en Buenos Aires.

Recibo un mensaje de mi hijo.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees...?, trato de sobrevivir..., ya ajustaremos a la vuelta.

He exagerado la situación. Cada silencio estudiado, cada palabra elegida para arañar. Pienso en ello y enseguida quiero recoger cuando ya no hay modo.

—Lo siento —dice—. Sí, hablaremos. No sé cómo estarás de tiempo, —sabe que dispongo de todo el tiempo—, pero debes visitar la librería Ateneo Grand Splendid en el barrio de La Recoleta. Ya me dirás.

En realidad no me ha parecido muy afectado: esperaba más aflicción. Reparo en que soy un poste sobre la acera y ningún plan me aguarda. Un taxi se detiene a mi altura. El conductor baja el cristal. ¿Para el Ateneo? Sí, respondo como un autómatas. Entonces caigo en la cuenta: no he referido mi destino. Levanto la mirada y descubro al mismo taxista del día anterior. Me pierdo en los requiebros del azar. Voy a comentar el suceso, pero él me mira por el retrovisor y sonrío:

—Que Dios detrás de Dios la trama empieza. Usted lo mencionó, ¿no es cierto?

—Veo que se anticipa a mis pensamientos.

Saco un cuaderno del bolso y tomo un par de notas aceleradas. Recomiéndeme un escritor argentino, ya que conoce mis gustos.

El hombre parece esperar exactamente esa pregunta.

—No uno, serán dos.

Un transeúnte distraído trata de suicidarse. El chófer, alarmado, frena en seco. El coche chirría y bruscamente

hinca el morro. Suena un claxon insoportable. El peatón hace aspavientos de disculpa con los brazos.

—¿Para el Ateneo me ha dicho?

—Asiento con la cabeza, sé que él me ve.

—¿Sabe que en realidad es un teatro? Está en La Recoleta entre Santa Fe y Riobamba, hace ya muchos años fue convertido en biblioteca y...

—Los libros. Los dos libros que me ha prometido.

—No le prometí libros sino escritores, pero va bien: *Los siete locos* de Roberto Alt. ¿Lo conoce?

—En absoluto.

—Arlt apenas es conocido fuera. Verá *Los siete locos* es una historia sobre gente desesperada, incapaz de manejarse..., gente corriente en mala racha, ya sabe, tipos que nos cruzamos todos los días. De manera ingenua los personajes se agrupan para subvertir su suerte, esa es la trama, —me mira un instante, tasándome—. El relato puede parecer soso, corriente, pero no lo crea. Lo relevante es la forma en que tratan de esquivar la miseria: deciden subvencionarse a través de un consorcio de casas de putas..., creo recordar que también hay un secuestro por medio, aunque no estoy seguro porque ya entretejo historias, hace tiempo que lo leí. La ingenuidad, la impericia de los ejecutantes los dispensa, pero no es una novela amable. Los problemas que trata Arlt no tienen tiempo, sólo cambia el contexto, podrían estar sucediendo ahora, incluso a próximos. Ya sabe: también la ruina tiene sus pautas. Creo que el resto lo debe descubrir usted.

—Lo dramático entonces es el desarraigo interior de los personajes, su inminente fatalidad. Suelto semejante nimiedad por seguir el hilo.

Me mira compasivo:

—Exacto. Dostoievski escribió en algún sitio que cada



hombre lleva en su interior su propio verdugo, ¿no es cierto?

–No me gusta Dostoievski. ¿Y la otra?

–*Esperándolo a Tito*, de Eduardo Sacheri. Son cuentos con la ligazón del fútbol, porque a usted le encanta el fútbol –pregunta y afirma. Me mira pendiente de aprobación.

–¿Cómo lo sabe?

–Usted mismo me comentó algo sobre un par de boletos para el partido del domingo, –reparo y no recuerdo ningún comentario al respecto–. No se apresure: el fútbol es la excusa, los relatos en realidad son historias cotidianas.

–Por cierto, ¿Qué puedo hacer con las entradas?, ¿las puedo reembolsar?

–No creo; puede intentar revenderlas en unas de las puertas del estadio, no sé...

–¿Le gusta el fútbol?

–Soy argentino.

Entro en el Ateneo. Pido el libro de Sacheri.

### DÍA TRES

Me levanto tarde; el reloj me sorprende en pleno desayuno. Como una ofrenda levanto la taza hasta la altura de mis ojos. Estoy asomado a un ventanal del café Monserrat, un templo literario donde algunos encontraron inspiración. Apuro un café y un cañoncito. A través de la ventana la calle parece espaciosa y antigua –la frase me suena pero no la ubico –, el tránsito cadencioso, como de otra época. Cada lugar tiene su ruido propio, cada ciudad tiene su propia perspectiva. Yo también fumo y fumo como el ciego de Carriego. Me demoro hasta que decido refugiarme en las letras. La lectura me parece la mejor manera de ver la vida

sin intermediarios. Vuelvo a *El hacedor*.

Pido otro café.

No puedo concentrarme. Aviso acústico en el móvil.

—¿La visitaste?

—Sí.

—¿Y...?

—Ya te contaré.

—Bueno, mañana es el partido, ¿no?

—Sí.

—Te va a acompañar el taxista, ¿no?

Quedo totalmente confuso.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, a él le gusta el fútbol, puede aprovechar mi entrada.

—¿Por qué esta trama?

Algo me hace pensar que el asunto sobrepasa al destino.

—No hay trama, es cosa del azar. Deberías leer un poemario que se titula *El hacedor*.

—Lo tengo en el bolsillo, también por casualidad...

Se corta la comunicación. Me muevo con el teléfono tratando de recuperar el diálogo, subo el tono de voz..., casi grito. Se corta definitivamente.

—Todavía desconozco su nombre, lo interrogo mientras le cedo el boleto.

—Miguel de Cervantes, el otro Cervantes, sonrío.

—Con ese nombre uno no tiene más remedio que ser escritor.

—Lo intenté bajo seudónimo, y lo cierto es que tuve alguna buena crítica al inicio, todo lo demás fue bajar. La decadencia sólo la sospechamos porque mientras sucede tratamos de ignorarla; en cambio del fracaso sólo podemos certificar su final, cuando ya manejamos todas las piezas del rompecabezas. Sacude la ceniza del pantalón..., mien-

tras tanto fiamos todo a la fortuna, aguardamos que algún golpe cambie nuestra suerte. Prende otro cigarrito. No es sencillo rebajar el concepto de uno mismo y, ya sabe, cuando no alcanza la razón comienza el mercadeo. No es fácil admitirlo.

Silencio largo, casi incómodo.

—¿A qué ha venido a Buenos Aires?

—Esperaba un acontecimiento extraordinario.

Sonó entre superficial y solemne; me reí de mí mismo.

—Esas cosas no suceden. En los momentos duros basta con apartarse y vivir la vida de lejos, la suerte no se puede forzar, hay que esperar a que pasen los búfalos.

Mientras pienso qué pinto en todo esto, por Del Valle Iberlucea llegamos al estadio entre un río de banderas auri-azules.

—¿Quién quiere que gane?

—Siempre Boca, por goleada. La derrota ha de ser amplia, sin miramientos, si no la victoria no sabe igual. Fíjate que no sé si prefiero la victoria de los míos o la derrota de River. Así es el alma humana. Cada sentimiento lo identificamos con dos palabras contrarias..., así de simples somos.

—No da la impresión.

—¿De simple? Es el camino correcto, simplificar las cosas. Lo barroco siempre tiene algo que esconder.

Me ofrece tabaco.

—¿Entramos?

Suspendidos a un palmo del suelo la bulla nos arrastra hacia el vomitorio. De repente todo se detiene y durante un segundo no existe el tiempo ni el ruido: junto a una columna veo a un flaco que parece mi hijo, lleva la camiseta de Boca. Trato de escabullirme y acercarme a él, pero es imposible, el río me arrastra, veo cómo va quedando atrás. Levanto los

brazos, giro la cabeza, me mira y sonrío. El taxista advierte mi confusión.

-¿Alguien conocido?

-No lo sé...



## Índice

Desmedida coartada .....	9
--------------------------	---

### **I. La piedra sola**

Ajedrez .....	15
La carta del coronel .....	27
Fidel está afónico .....	45
Esperando en La Catedral .....	51
Juan Preciado .....	67
Exlibris .....	71
Carlos Luis en su laberinto .....	81

### **II. El ojo mágico**

El ojo mágico .....	99
Aurelio, el Hombre .....	113
Lennon y los demás .....	123
La visita .....	145
El increíble Julián Camacho .....	155
Niklas el austríaco .....	165
Sísifo García .....	181

### **III. Diez egregios mínimos**

Juan de Dios Engracia .....	189
-----------------------------	-----

Leonard Cohen . . . . .	191
Luis Felipe de Aranoa . . . . .	193
Marcel Dumontagne . . . . .	195
Arturo Almendro Reverte . . . . .	197
Simón Anguiano . . . . .	199
Antonio Jaime del Soto . . . . .	201
Fulgencio Roca Estébanez . . . . .	203
Elvis Rodríguez Ponti . . . . .	205
Leonardo Ocón de Moraes . . . . .	207